

Francia y fué condecorado por el rey de Prusia. La única probabilidad de Sombreuil estaba en que su hija se hallaba encerrada con él.

Cuando compareció ante el tribunal, aquel realista encarnizado, aquel culpable, aquel aristócrata, y se vió á un antiguo militar que en otras épocas había servido valientemente á la Francia, Maillard, haciendo un esfuerzo grande, pronunció estas nobles palabras: «Inocente ó culpable, creo que sería indigno del pueblo que se salpicase las manos con la sangre de este anciano.»

La señorita de Sombreuil, animada por estas frases, cogió intrépidamente á su padre y le llevó al patio abrazándole y estrechándole entre sus brazos. Estaba así tan hermosa y tan patética, que excitó la admiración de todos. Algunos sin embargo, después de haber derramado tanta sangre por lo que creían de justicia, tenían escrúpulos en seguir los impulsos de su corazón, cediendo á la piedad y perdonando al más culpable. Se ha dicho sin ninguna prueba que para conceder á la señorita de Sombreuil la vida de su padre, la exigieron que jurase la Revolución, abjurando la aristocracia, y que en odio á los aristócratas, bebiese sangre de éstos.

No es posible que la señorita de Sombreuil hubiese obtenido de este modo el perdón de su padre. Pero ni la habrían hecho esta proposición, ni deferido el juramento, si el juez de la Abadía no hubiese apelado á la generosidad del pueblo, y si la palabra que le dió la vida no hubiera brotado de los labios de la Muerte.

Este fue el último acto de la matanza. Maillard salió de la Abadía, llevando la vida de cuarenta y tres personas á las que había salvado y la execración de la posteridad.



## CAPITULO XII

(Continuación) el 3 y el 4 de Septiembre

Terror universal en la noche del 2 al 3.—Inercia calculada de Danton.—Progreso de la barbarie, el 2, 3 y 4 de Septiembre.—En la Abadía la matanza se convierte en un espectáculo (3 de Septiembre del 93).—Tentativa sobre el hospicio de mujeres.—Peligro de las mujeres en la Force.—Matanza en la Force (3 de Septiembre del 92).—Muerte de madama de Lamballe.—La cabeza de madama Lamballe llevada al Temple (8 de Septiembre del 93).—Los ministros piden en vano que la Asamblea llame á las armas á la guardia nacional.—Carta de madama Roland á la Asamblea.—Circular de Marat en nombre de la Comuna aconsejando la matanza en los departamentos.—Degüello de las mujeres y los niños en la Salpetriere y en Bicetre (4 de Septiembre del 92).

Nadie en la noche del 3 al 4 de Septiembre se daba todavía cuenta del alcance y del carácter del terrible suceso. Al velo de la noche añadían un doble velo el vértigo y el terror. Tantos hombres que más adelante supieron morir tan bien sobre el cadalso ó en el campo de batalla, se aturdieron aquella noche y tuvieron miedo. Extraño poder de la imaginación, de las ilusiones nocturnas, de las tinieblas... Después de todo solo era la muerte.

Nadie podía figurarse cuan reducido era el número de los actores de la tragedia. El gran número de los espectadores y de los curiosos, engañó á todo el mundo. Los asesinos, cuando empezaron, no llegaban á cincuenta; y por más que reclutaron algunos jamás pasaron de los tres ó cuatrocientos. La Abadía fué su cuartel general; allí *trabajaron* tres días, y desde allí fueron la mayor parte á las diversas prisiones, el 2 á los Carmelitas, al Chatelet, á la Conserjería; el 3 á la Force, á los Bernardinos, á San Fermín. El 4 salieron en gran número de París é hicieron la expedición á la Salpetriere y el saqueo de Bicetre.

Pero las imaginaciones no lo vieron así: Chabot, presente en la Abadía, creía haber visto diez mil sables. Los ausentes vieron cien mil.

El contagio de los furios populares es á veces tan rápido y tan grande, que podía creerse en efecto que la primera chispa produciría

un gran incendio. ¿No iba la masa de los voluntarios, cuyo número no sabía nadie, á ponerse en movimiento, dar la batalla en las prisiones, luego en la Asamblea acaso, después de hotel en hotel á los aristócratas?... No podía adivinarse. ¿Si ocurría así, que hacer? ¿qué fuerza podía oponérseles? A menos que no se pidiera auxilio á los realistas, ó dicho de otro modo, al enemigo; á menos que se abriese el Temple y se deshiciese lo hecho el 10 de Agosto.

A la una de la madrugada del 3, algunos comisionados de la Comuna fueron á llevar noticias de la matanza á los pocos diputados que, á aquella hora tan avanzada de la noche, representaban solos á la Asamblea nacional. Dieron á entender que todo había concluido, y hablaron de la matanza como de un hecho consumado. Uno de ellos, Truchon, relató con dolor los débiles resultados que había producido su intervención en la Force. Pero Tallien y otro no tuvieron escrúpulo en demostrar una especie de aprobación á la *justa venganza del pueblo*, que por otra parte sólo había recaído sobre *criminales reconocidos*; hablaron del desinterés de los asesinos y de la hermosa organización del tribunal de la Abadía.—Todo esto era escuchado en medio de un lúgubre silencio.

Todos los poderes públicos se hallaban paralizados. Los ministros, por regla general, creían que no tenían más que hacer que salir de París.

Y del mismo modo parecían anulados todos los poderes morales. Robespierre estaba escondido. Aquella noche había abandonado la casa de los Duplay y se había refugiado en casa de uno de sus fervientes discípulos, recién llegado á París, entonces desconocido, pero que después fué demasiado conocido, Saint-Just. Se asegura que Robespierre no se acostó.

Si se ha de creer á Thuriot, amigo de Danton, este fué el solo en aquella noche terrible que permaneció en pie y firme, que estuvo decidido á *salvar al Estado*.

El violento y colérico Thuriot había pronunciado una frase hermosa, oponiéndose en la Asamblea á las exigencias asesinas de la Comuna: «La Revolución no pertenece exclusivamente á la Francia; somos responsables de ella ante la humanidad.» Hay derecho para suponer que pidió á Danton cuenta de la sangre que había derramado.

*Salvar al Estado*, esta frase expresaba dos cosas: Quedarse en París á pesar de todo, quedarse hasta la muerte y obligar á que se quedasen los demás;—por otra parte conservar ó restablecer la unidad de los poderes públicos, evitar una colisión entre los dos poderes que quedaban, la Asamblea y la Comuna.

Alzar la mano contra la Comuna, en aquella crisis desesperada, romper el último poder que aun tenía fuerza, era una operación terrible, en la que, la Francia agonizante, podía expirar. Por otro lado, dejar

obrar á la Comuna, someterse, cerrar los ojos sobre la matanza, era envilecerse con aquella tolerancia forzada, dejar decir que tenían miedo, que eran débiles, cobardes, infames y lacayos de Marat.

Quedaba un tercer partido, el del orgullo, decir que la matanza estaba bien hecha, que la Comuna tenía razón—ó hacer creer que se había querido el degüello, que se había ordenado, y que la Comuna no hacía más que obedecer.

Este tercer partido, horriblemente descarado, tenía la ventaja de que al adoptarlo, se ponía Danton á la vanguardia de los violentos, se subordinaba á Marat, y apartaba las denuncias vagas con las que se trataba de envolverle.

Había en aquel hombre, ya lo he dicho, algo del león, pero algo también del dogo y del zorro. Y este, á toda costa, conservó la piel del león.

¿Qué dijo en la noche del 2? No puedo creer que hubiese aceptado ya la responsabilidad plena del crimen. El éxito estaba todavía demasiado oscuro. Ya veremos por qué serie de grados llegó Danton á adoptarla, reivindicándola.

Las cosas fueron entregadas á la fatalidad, al azar, al terrible *crescendo* que el crimen en libertad sigue inevitablemente.

En la noche del 3 al 4 se pudo ver que la matanza iría cambiando de carácter, que no conservaría el aspecto de una justicia popular y salvaje, sino desinteresada, que se le creía dar al principio.

Los asesinos, ya lo hemos visto, estaban compuestos de elementos diversos que, el primer día, distintos y contenidos unos por otros, se manifestaron en seguida; los peores fueron llevando ventaja. Había gentes pagadas; había ébrios y fanáticos; bandidos, estos surgieron poco á poco.

Salvo los cincuenta y tantos burgueses que mataron en la Abadía y que, sin duda, se alejaron poco de allí, los otros (en total, dos ó trescientos) fueron de prisión en prisión, embriagándose, ensangrentándose, manchándose cada vez más, recorriendo en los tres días una larga vida de crímenes. La matanza que el 2 fué para muchos un esfuerzo, se convirtió el 3 en un placer. Poco á poco se mezcló con el robo. Comenzaron por matar á las mujeres. El 4 se cometieron violaciones, y hasta mataron niños.

El principio fué modesto. En la noche del 2, ó en la del 2 al 3, varios de los que mataban en la Abadía, y carecían de medias y zapatos, miraron con envidia el calzado de los aristócratas. No quisieron cogerlos sin estar autorizados para ello; subieron á la sección, que tenía sus oficinas en la misma Abadía, y pidieron permiso para calzarse los zapatos de los muertos. Como lo lograron sin dificultad, entraron en ganas y pidieron más; buen vino en casa de los almacenistas, para sostener á los trabajadores y excitarles al trabajo.

La cosa no paró en esto. A medida que se iban aturdiendo, varios

se atrevieron á robar algunas prendas. Uno de los que *trabajaron* aquella noche con más ardor, en este sentido, era un ropavejero del muelle del Louvre, llamado Laforet. Su horrible mujer también mataba y robaba descaradamente; eran pillos conocidos. Más adelante, el 31 de Mayo, se quejó amargamente Laforet de que no había habido saqueo en las casas: «En un día como aquel, decía, deberían haberme tocado por lo menos cincuenta casas.»

Sea que á Maillard le parecería que aquellos ladrones le echaban á perder su matanza y se lo advirtió á la Comuna, sea porque ella misma hubiera querido conservar una especie de pureza en medio de aquella hermosa justicia popular, uno de sus miembros llegó á eso de la media noche á la Abadía, un hombre de aspecto dulce, Billauld-Varennes. No trató de contener el degüello; el ejemplo de Manuel, Dussart y otros diputados demostraba bastante que la cosa era imposible. Insistió únicamente en que se salvaran los despojos. Sin embargo, como todo trabajo merece una recompensa, prometió á los *obrer*os un salario regular. Esta medida muy odiosa, y que implicaba una aprobación, produjo sin embargo buen efecto, desde el momento en que fueron pagados regularmente, trabajaron mucho menos, se tomaron más tiempo y se dieron menos prisa.

Una gran parte de los asesinos se habían trasladado al Chatelet y á la Force. La matanza de la Abadía se convirtió en un negocio de placer, de recreo, en un espectáculo. Se amontonaron algunas ropas en medio del patio, formando una especie de colchón. La víctima, lanzada desde la puerta á aquella arena, pasando de sable en sable, por las lanzas ó por las picas, iba á caer á aquel colchón mojado y empapado de sangre. Los asistentes se interesaban en el modo de correr, de gritar y de caer de cada cual, en el valor ó en la cobardía que habían mostrado y juzgaban como inteligentes. Sobre todo las mujeres gozaban mucho en ello; una vez vencidas sus primeras repugnancias, se convertían en espectadoras terribles, insaciables, furiosas de placer y de curiosidad. Los asesinos, encantados por el interés que se tomaban en sus trabajos, habían colocado bancos alrededor del patio, muy iluminado por candelas; bancos separados para los espectadores de los dos sexos; los había para los caballeros y para las señoras, en pro del orden y de la moralidad.

Dos espectadores producían gran admiración y formaban parte del espectáculo; eran dos ingleses; uno gordo, otro delgado, con largos levitones que les llegaban hasta el suelo. Estaban de pie; uno á la derecha y otro á la izquierda con botellas y vasos en las manos; se habían encargado de dar de refrescar á los trabajadores, y para ello les servían toda la noche vino y aguardiente. Se dijo que eran agentes del gobierno inglés. Según una hipótesis más probable (confirmada por una obra publicada en Londres por uno de los dos ingleses, al parecer) no eran si no viajeros curiosos, excéntricos, en busca de emociones violentas,

radicales exaltados, y lamentando tan sólo una cosa, que el hecho no se verificase en Londres. La matanza convirtiéndose en una ocasión para robar los unos, y en un espectáculo para otros, se ponía cada vez más fea. Se veía demasiado que varios gozaban matando. Esta tendencia monstruosa se empezó á observar en la misma noche, en el suplicio meditado que se hizo sufrir á una mujer. Era una florista muy conocida en el Palacio-Real.

El abominable placer que habían tenido haciendo sufrir á una mujer, había envilecido los ánimos y corrompido el mismo asesinato. Por la mañana un grupo de hombres se dirigieron al gran hospicio de las mujeres, á la Salpetriere. Había allí de todas edades y de todas clases, viejas y enfermas, pequeñas y jóvenes y mujeres públicas. Estas, ya lo hemos dicho, con razón ó sin ella, eran sospechosas de realismo. Sin embargo aquel furor patriótico, que se encarnizaba en mujeres la mayor parte jóvenes y lindas, ¿era puro fanatismo, ó es que la idea de la violación había comenzado á germinar en sus espíritus?... Sea como fuere, encontraron allí un grupo de guardia nacional, y como eran poco numerosos todavía, aplazaron la expedición.

El 3 se señaló sobre todo por la matanza en la Force; había en esta prisión muchas mujeres y muy en peligro. En la misma noche había mandado la Comuna que fueran retiradas de allí por lo menos las que solo estaban por deudas. Era ya media noche y los asesinos se hallaban ya ante las puertas, poco numerosos en verdad. Era una cosa vergonzosa el ver unos cincuenta hombres, de ningún modo apoyados por el pueblo y haciendo retroceder á sus verdaderos representantes, á los miembros de la Comuna. Estos magistrados populares no fueron respetados lo más mínimo; levantaron los sables sobre ellos. Sin embargo se llevaron no solamente á las prisioneras por deudas, si no también á madama Touzel, aya del delfín, su joven hija Paulina, á tres camareras de la reina y á la de madama de Lamballe. En cuanto á esta princesa, amiga personal de la reina, claramente designada al odio público, no se atrevieron á llevársela.

La Comuna no tenía razón ninguna para desear que se matase. El asesinato de cuatro prisiones había producido, con exceso, el efecto de terror que la mantenía en el poder. Tenía aterrorizada á la Asamblea, la prensa y París. En la mañana del 3, á las siete, para producir más directamente el efecto de terror, envió dos de sus comisarios á casa del hombre más importante de la prensa, Brissot, con el pretexto de buscar entre sus papeles las pruebas de la gran traición, de las relaciones con Brunswick que había denunciado Robespierre el 1 y el 2 de Septiembre. Se sabía que no se encontraría nada y en efecto nada se encontró; no se quería más que hacer miedo, aterrar á la Asamblea, quebrantarla sin romperla, matar la prensa y hacerla callar. Los dos efectos se lograron. Ningún periodista podía creerse seguro, cuando Brissot, un miembro tan importante de la Asamblea, era buscado y

amenazado en su casa. El horrible estupor que reinó el 2 es visible en los diarios que se redactaron aquel día y se publicaron al siguiente día y los sucesivos. Allí es donde hay que estudiar el fenómeno fisiológico, vergonzoso, humillante del miedo. Aquellos periodistas más adelante murieron heroicamente; ni uno demostró debilidad. Y bien, hay que confesarlo; efecto verdaderamente admirable de aquella fantasmagoría nocturna, de aquel sueño espantoso, de aquellos arroyos de sangre que se figuraban ver correr al resplandor de las antorchas en la Abadía... el 2 se quedaron como helados; no se atrevieron ni aun á callar; balbucearon en sus diarios, equivocaron, casi alabaron *la justicia terrible del juez*.

Dos miembros de la Comuna presidieron la matanza en la Force (¿Hebert, Leullier, Chepy? hay duda en algunos nombres). Si querían salvar á las víctimas, su misión parecía más fácil que la de los jueces de la Abadía. La Force contenía menos prisioneros políticos. Los asesinos eran menos numerosos, los espectadores más animados. La población del barrio presenciaba fríamente la cosa y no intervenía en ella. En cambio los jueces estaban muy lejos de poseer la autoridad de Mailard; no dominaron á los asesinos si no fueron dominados por ellos, más bien fueron sus instrumentos, y salvaron á muy pocas personas.

«Dejar hacer, dejar matar,» era al parecer, el 3 por la mañana, la idea de la Comuna. A esta hora recibió á algunos de los Quinze-Vingts, que hablando como si tuvieran poderes de su sección, pedían no solo *la muerte de los conspiradores*, si no también *la prisión de las mujeres de los emigrados*. La prisión en semejante día se parecía mucho á la muerte. La Comuna no se atrevió á decir: No, y contestó cobardemente: «Que las secciones podían con su prudencia tomar las disposiciones que juzgaran indispensables.»

Manuel y Petion, que fueron á la Force para tratar de intervenir, vieron con horror á sus colegas de la Comuna sentados, y con sus bandas, legalizando la matanza. Manuel quiso salvar al menos á la última mujer que quedaba en la Force, madama de Lamballe, y no se retiró hasta que creyó asegurada su salvación. Ya la víspera, en la Comuna, había tenido la suerte de salvar á madama Stael. Su título de embajadora de Suecia no era suficiente para protegerla; Manuel lo consiguió demostrando que estaba embarazada.

Volviendo á la Force, Petion arengó á los asesinos, se hizo escuchar por ellos; habló muy sabiamente, y creyó que los había convertido á la humanidad y la filosofía; hasta logró que se fueran y les hizo salir por una puerta. Cuando él salió, volvieron ellos á entrar por la otra y continuaron á más y mejor.

El distrito y el barrio de San Antonio continuaban ajenos al asunto. Por un momento pudo creerse que saldrían de su inacción, que la masa honrada se decidiría á arrojar á los asesinos. Algunos fueron á

buscar un cañón á la sección (hablo con referencia á un testigo ocular) y empezaron á arrastrarle hacia la Force. Cuando llegaron muy cerca de la iglesia, vieron que no les seguían, y abandonaron allí su cañón.

Los asesinos continuaron. La víctima que esperaban y que deseaban era madama de Lamballe. Habían perdonado á cuatro ó cinco ayudas de cámara del rey y del delfín, reconociendo que la obediencia forzada de un servidor puede no ser un crimen; pero á madame de Lamballe la consideraban como la principal *consejera de la austriaca*, su confidenta, su amiga, y algo más. Una curiosidad obscena y feroz se mezclaba al odio que su solo nombre excitaba y hacía que deseasen su muerte.

Se engañaban ciertamente en la influencia que suponían que ejercía sobre la reina. Más cierto era lo contrario. Si la reina era ligera, no era dócil; tenía cualidades masculinas y fuertes, dominadoras, un carácter intrépido. Madama de Lamballe era, en el sentido propio, una mujer. Su retrato, más que femenino, es el de una jovencilla saboyana; se sabe que era, en efecto, de aquel país. La cabeza es muy pequeña, salvo el enorme y ridículo promontorio de cabellos que entonces se llevaba; las facciones son también muy pequeñas, mas lindas que hermosas; la boca es bonita; pero apretada, con la sonrisa fina del saboyano y del cortesano. Aquella boca no expresa gran cosa; se sabe efectivamente, que la gentil princesa tenía poca conversación y ninguna idea; era poco entretenida. El retrato, que responde muy bien á la historia, es el de una persona agradable y mediocre, nacida para depender y obedecer, para sufrir y para morir (aquel débil cuello hace pensar demasiado en la catástrofe). Pero lo que el retrato no dice bastante, es que estaba también hecha para amar; á su muerte se demostró.

La reina la amaba bastante, pero fué con ella como con todos, ligera y desigual. Se entregó al principio á ella con todo el arrebato de su carácter. La pobre joven, extranjera, desgraciada con su marido que la abandonó y se murió pronto, fue agradecida y entregó su corazón entero y para siempre. Bien ó mal tratada, permaneció cariñosa y fiel con la constancia de su país. Aquella mujer joven y linda era toda de dos personas, del viejo duque de Penthièvre, su suegro, que la miraba como á una hija, y de la reina que la olvidaba por madama de Polignac. La reina no tenía ninguna necesidad de tratarla bien; estaba segura de su ciega abnegación en todo, fuese ó no decoroso; se servía de ella para todos los asuntos y toda clase de intrigas, la comprometía de mil maneras y usaba y abusaba de ella. Júzguese de ello por un hecho: madama de Lamballe fué enviada por ella á la Salpetriere para que ofreciese dinero á madama de Lamotte recientemente azotada y marcada; la reina temía sin duda que publicara sus memorias sobre el feo asunto del collar. El dócil instrumento de María Antonieta oyó de la superiora del hospicio esta frase contundente: «Está condenada, señora, pero no á veros.»